

*En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: «En verdad, en verdad os digo: quien guarda mi palabra no verá la muerte para siempre». Los judíos le dijeron: «Ahora vemos claro que estás endemoniado; Abrahán murió, los profetas también, ¿y tú dices: “Quien guarde mi palabra no gustará la muerte para siempre”? ¿Eres tú más que nuestro padre Abrahán, que murió? También los profetas murieron, ¿por quién te tienes?». Jesús contestó: «Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: “Es nuestro Dios”, aunque no lo conocéis. Yo sí lo conozco, y si dijera “No lo conozco” sería, como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría». Los judíos le dijeron: «No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?». Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahán existiera, yo soy». Entonces cogieron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo.*

Jesús les dice a los judíos que si obedecen su palabra, nunca verán la muerte. Esto va más allá de la muerte física; se refiere a la muerte espiritual y eterna. Jesús está ofreciendo vida eterna a aquellos que creen en él y siguen su enseñanza.

Los judíos no comprenden sus palabras y lo acusan de tener un demonio. Pero Jesús les recuerda que Abraham se regocijaría al ver su día. Esto implica que Jesús es anterior a Abraham y que su venida fue anticipada por los profetas.

La confrontación llega a su punto culminante cuando Jesús proclama: "Antes que Abraham existiera, Yo Soy". Con esta declaración, Jesús está afirmando su divinidad. "Yo Soy" es el nombre que Dios reveló a Moisés en el monte Sinaí. Jesús está declarando que él es Dios mismo.

Esta afirmación provoca la ira de los judíos, quienes intentan apedrear a Jesús por blasfemia. Pero Jesús se retira, mostrando su control sobre la situación y el tiempo de su sacrificio.

Juan nos presenta la confrontación entre Jesús y los líderes religiosos, donde Jesús proclama su divinidad y ofrece vida eterna a aquellos que creen en él.

Nos invita a reflexionar sobre nuestra propia fe en Jesús, como el camino hacia la vida eterna, y a reconocer su autoridad suprema como Dios encarnado.

Que María nos inspire a seguir a Jesús con mayor fervor y entrega en nuestras vidas, y a confiar más en Él, porque es nuestro Dios y Señor.